

Observemos ahora casos de amnesia de un carácter mucho más grave, alguno de los cuales ha necesitado una reeducación completa. Están tomados de la revista inglesa *Brain*.

La primera observación, presentada por el Dr. Mortimer Granville, es la de una mujer de veintiséis años, histérica, que, á consecuencia de un trabajo excesivo, fué presa de una crisis violenta, con pérdida completa del conocimiento.

«Cuando la conciencia comenzó á volver, las últimas ideas sanas, formadas antes de la enfermedad, se mezclan de una manera extraña con las nuevas impresiones recibidas, como cuando se sale lentamente de un ensueño. Sentada sobre su lecho, cerca de la ventana, para ver los que pasaban por la calle, la enferma llamaba á todos los objetos que se movían «árboles en marcha»; y cuando se le preguntaba donde había visto esas cosas, respondía invariablemente: «En el otro Evangelio». En una palabra; en su estado mental, lo ideal y lo real no se distinguían. Sus recuerdos eran indistintos; y en lo que concierne al gran número de cosas ordinarias que constituían el fondo principal de sus pensamien-

por el Dr. Motet á la Sociedad de Medicina de París, y ha dado lugar á una interesante discusión sobre la amnesia temporal. Véase la *Union médicale* del 18 de Junio de 1879.

tos antes del ataque, su memoria era nula. Las ideas inmediatamente anteriores á la enfermedad parecía que habían saturado de tal modo su espíritu, que las primeras impresiones que recibió se impregnaban de ellas, mientras que la inscripción del *penúltimo* trabajo cerebral se había, por decirlo así, obliterado. Por ejemplo, aunque esta mujer ganaba su vida dando lecciones, no conservaba ningún recuerdo de una cosa tan sencilla como es lo que sirve para escribir. Si se le ponía una pluma ó un lápiz en la mano, como se hubiera podido hacer en la de un niño, no los cogía, ni aun por acción refleja. Ni la vista, ni el contacto del instrumento despertaban asociación de ideas. La más perfecta destrucción del tejido cerebral no habría deshecho más completamente los efectos de la educación y del hábito. Este estado duró algunas semanas». La memoria de lo olvidado la recobró despacio, trabajosamente, sin necesitar, no obstante, una reeducación tan completa como en el caso que sigue (1).

La segunda observación, debida al profesor Sharpey, es uno de los ejemplos más curiosos de reeducación que se hayan descrito. No extracto de su largo artículo más que los pormenores psicológicos. Se trata también de una mu-

(1) *Brain, a Journal of Neurology*, Octubre, 1879, página 317 y siguientes.

jer de veinticuatro años, de complexión delicada, que durante seis semanas próximamente, tuvo una tendencia irresistible á la soñolencia. Este estado se agravó de día en día. Hacia el 10 de Junio llegó á ser imposible despertarla. Estuvo así durante dos meses. Para nutrirla, se ponía en sus labios una cuchara, y tragaba; cuando estaba satisfecha, cerraba los dientes y retiraba la boca. Parecía distinguir los sabores, porque rehusaba obstinadamente ciertos platos. Tuvo algunos cortos momentos de estar despierta, con raros intervalos. No respondía á ninguna pregunta, no reconocía á nadie, salvo una vez á «una antigua conocida, que no había visto desde hacía doce meses. La consideró largo tiempo, buscando, probablemente, su nombre. Habiéndolo encontrado, lo repitió varias veces, estrechándole la mano: después volvió á caer en su sueño». Hacia el final de Agosto volvió, poco á poco, á su estado normal.

Entonces comienza su trabajo de reeducación «Al volver de su entorpecimiento, parece haber olvidado casi todo lo que sabía. Todo le parece nuevo; no reconoce ni á una sola persona, ni aun á sus más próximos parientes. Alegre, bulliciosa, distraída, encantada con todo lo que ve ú oye, parecía un niño.

»Bien pronto llegó á ser capaz de atender. Su memoria, enteramente perdida en lo que con-

cierte á los conocimientos anteriores, era muy viva y muy sólida para todo lo que había visto y oído después de su enfermedad. Recobró una parte de lo que había aprendido antes, con una facilidad muy grande en ciertos casos, menor en otros. Es de notar que, aunque el procedimiento seguido para recobrar sus conocimientos, haya parecido consistir menos en estudiar de nuevo que en recordar con la ayuda de sus allegados, sin embargo, no parecía tener conciencia, ni aun en un grado débil, de haberlos poseído antes. Al principio era imposible tener con ella una conversación. En lugar de responder á una cuestión, la repetía en voz alta textualmente; y durante largo tiempo, antes de responder á la cuestión la repetía entera. No tiene al principio más que un corto número de palabras á su disposición; adquiere rápidamente gran número; pero comete extraños errores al emplearlas. Sin embargo, en general, no confundía más que las palabras que tienen en cierto modo algunas relaciones. Así, por «té», decía «salsa» (y empleó mucho tiempo esta palabra para los líquidos); en vez de blanco decía negro; por «calor», «frío»; por «mi pierna», «mi brazo»; por «mi ojo», «mi diente», etc. De ordinario usa ahora palabras con propiedad, aunque cambia á veces sus terminaciones ó las inventa.

«No ha reconocido aún á nadie, ni entre sus

más próximos parientes, es decir, que no tiene ningún recuerdo de haberlos visto antes de su enfermedad. Los designa por sus nombres ó por los que ella les ha dado; pero los considera como nuevos conocimientos y no tiene ninguna idea de su parentesco con ella. Desde su enfermedad no ha visto más que una docena de personas, y esto es para ella todo lo que ha conocido en su vida.

»Ha aprendido de nuevo á leer; pero ha sido necesario comenzar por el alfabeto, porque no conocía ni una sola letra. Ha aprendido en seguida á formar las sílabas, las palabras, y ahora lee regularmente. Lo que le ha ayudado en esta readquisición, es cantar las letras de ciertas canciones que le eran familiares y que se le presentaban impresas mientras tocaba el piano.

»Para aprender á escribir, comenzó por los estudios más elementales, pero ha hecho progresos mucho más rápidos que una persona que no los hubiese ejecutado nunca.

»Poco después de haber salido de su entorpecimiento, ha logrado cantar muchas de sus antiguas canciones y tocar el piano con poco trabajo. Cuando canta, tiene en general necesidad de ser ayudada para las dos ó tres primeras palabras de un renglón; y ella termina el resto, de memoria á lo que le parece. Puede tocar ante una

partitura muchos aires que no conocía de antes.

»Ha aprendido sin dificultad muchos juegos de cartas; sabe hacer media y otras obras análogas.

»Pero, lo repito, es notable que no parezca tener el más ligero recuerdo de haber poseído otra vez todo esto, aunque sabe evidentemente que ha sido ayudada enormemente en su trabajo de readquisición por estos conocimientos anteriores, de los cuales no tiene conciencia. Cuando se le ha preguntado dónde había aprendido á tocar mirando la música impresa, ha respondido que no podía decirlo, y se admiró de que su interlocutor no pudiese hacer otro tanto.

»Á decir verdad, con arreglo á diversas indicaciones, que ella ha hecho por sí misma, casualmente, parece que posee muchas ideas generales de naturaleza más ó menos compleja, las cuales no ha tenido ocasión de adquirir después de su curación» (1).

Hasta donde es posible juzgar por el informe de Sharpey, esta reeducación no duró más de tres meses. No hay que creer, por lo demás, que este hecho sea único. «Un *clergyman* después de una conmoción causada por una caída, permaneció varios días privado de conciencia. Vuelto en sí, se halló en el estado de un niño in-

(1) *Brain*, Abril, 1879, pág. 1 y siguientes.

teligente. Aunque de edad madura volvió á comenzar con sus maestros los estudios ingleses y clásicos. Al cabo de algunos meses, su memoria volvió gradualmente; tan bien que en algunas semanas su espíritu recobró el vigor y la cultura antigua» (1).

Otro sujeto, de treinta años de edad, muy instruido, al salir de una grave enfermedad, había olvidado todo, hasta el nombre de los objetos más comunes. Restablecida su salud, comenzó á aprender todo como un niño; desde luego, el nombre de las cosas, después á leer; luego empezó á aprender el latín. Sus progresos fueron rápidos. Un día, estudiando con su hermano, que le servía de maestro, se detuvo súbitamente y llevó su mano á la frente. «Siento, dije, en la cabeza una sensación particular, y me parece ahora que he sabido todo esto otra vez». Á partir de este momento, recobró rápidamente sus facultades.

Me contento, por ahora, con poner estos hechos ante los ojos del lector. Las observaciones que sugieran encontrarán su lugar en otra parte. Terminaré por un caso poco conocido, que forma la transición natural hacia el grupo de amnesias intermitentes. Vamos á ver, en efecto,

(1) Forbes Winslow, obra citada, págs. 317, 118.

cómo se formó poco á poco una memoria provisional, que desapareció bruscamente ante la memoria primitiva.

Una joven robusta, de buena salud, cayó por accidente en un río y por poco se ahoga. Estuvo seis horas insensible; después recobró el conocimiento. Diez días más tarde cayó en un estupor completo que le duró cuatro horas. Cuando volvió á abrir los ojos, no conocía á nadie; estaba privada del oído, de la palabra, del gusto y del olfato. No le quedaba más que la vista y el tacto, que eran de una sensibilidad extremada. Ignoraba todas las cosas, incapaz de moverse ella sola, parecía un animal privado del cerebro. Tenía buen apetito, pero hacía falta alimentarla, y comía de todo indiferentemente, tragando de una manera puramente automática. Hasta tal punto constituía el automatismo la única forma de actividad de que era capaz que, durante varios días, su única ocupación fué la de deshilar, limpiar ó cortar en pedazos infinitamente pequeños, todo lo que caía bajo sus manos: flores, papel, vestidos, un sombrero de paja, etcétera, después disponía todos estos pedazos en dibujos groseros. Más tarde, se le dió todo lo necesario para remendar; después de algunas lecciones preparatorias, tomó su aguja y trabajó entonces incesantemente, desde la mañana á la noche, sin hacer ninguna distinción entre el do-

mingo y los otros días, y no pudiendo ni aún comprender la diferencia. No guardaba ningún recuerdo de un día para otro, y cada mañana empezaba una obra. Sin embargo, como un niño, comenzaba á conservar algunas ideas y á adquirir alguna experiencia. Se le puso entonces á un trabajo más elevado, al oficio de tapicera. Parecía experimentar un gran placer al mirar los patrones con sus flores y su armonía de colores; pero cada día comenzaba un trabajo nuevo, olvidando el de la víspera, á menos de que se le presentase.

Las ideas, derivadas de su antigua experiencia, que parecen despertar las primeras, estaban ligadas á dos accidentes que han hecho en ella una gran impresión: su caída en el río y un asunto de amor. Cuando se le muestra un paisaje donde hay un río ó la vista de un mar agitado, siente una gran excitación seguida de un ataque de rigidez espasmódica con insensibilidad. El sentimiento de terror que le causaba el agua, sobre todo en movimiento, era tan grande, que temblaba solamente al ver verterla de un vaso á otro. En fin, se notó que cuando se lavaba las manos, las metía sencillamente en el agua, sin moverlas.

Desde el primer período de su enfermedad, la visita de un joven, al que tenía gran afición, le causaba un placer evidente, aunque era insen-

sible á todos los demás. Venía, regularmente, todas las noches, y ella aguardaba su llegada. En una época, en la cual no se acordaba, de una hora á otra, de lo que había hecho, esperaba ansiosamente que la puerta se abriera á la hora acostumbrada; y si él no venía, estaba de mal humor durante toda la noche. Cuando la llevaron al campo se puso triste, irritable, y tenía frecuentemente ataques. Si, al contrario, el joven estaba cerca de ella, la mejoría física, la vuelta de las facultades intelectuales y de la memoria eran visibles.

Esta vuelta, en efecto, se hacía poco á poco. Un día que su madre tenía un gran pesar, exclamó ella súbitamente, después de alguna vacilación: ¿Qué te pasa? Á partir de este momento, comenzó á articular algunas palabras; pero sin llamar jamás á las personas ni las cosas por su verdadero nombre. El pronombre «esto» era su término favorito; lo aplicaba indistintamente á todo objeto, animado ó inanimado. Los primeros objetos á que llamó por su verdadero nombre fueron las flores silvestres, que le gustaban mucho en su infancia; y en aquel momento no tenía aún el más ligero recuerdo de los lugares ni de las personas familiares de su infancia.

«La manera cómo recobró su memoria es extremadamente notable. La salud y la fuerza pa-

recían por completo haber vuelto, su vocabulario se extendía, su capacidad mental aumentaba, cuando supo que su amante cortejaba á otra mujer. Esta idea excitó sus celos, que en cierta ocasión fueron tan intensos, que cayó en un estado de insensibilidad parecido, por la duración é intensidad, á su primer ataque. Y, sin embargo, esto fué su vuelta á la salud. Pasada su insensibilidad, el velo del olvido se desgarró; y como si despertara de un largo sueño de doce meses, se encontró rodeada de su abuelo, de su abuela, de sus antiguos amigos en la antigua casa de So-reham. Despertó en posesión de sus facultades naturales y de sus conocimientos anteriores; pero sin el menor recuerdo de lo que había pasado durante el intervalo de un año, desde su primer ataque hasta aquel momento. Hablaba, pero no oía: estaba sorda; pero pudiendo leer y escribir como antiguamente, no estaba privada de su comunicación con sus semejantes. Á partir de este momento, sus progresos fueron rápidos, aunque estuvo sorda todavía algún tiempo. Comprendía, por los movimientos de los labios, lo que decía su madre (pero su madre solamente), y conversaban juntas rápidamente y con facilidad. No tenía ninguna idea del cambio que se había producido en su amante durante su estado de «segunda conciencia». Una penosa explicación fué necesaria: la soportó bien. Des-

pués ha recobrado su salud física é intelectual» (1).

Veremos más tarde, después de haber recorrido todo el conjunto de los hechos, qué conclusiones generales sobre el mecanismo de la memoria salen de su patología. Por el momento, nos atenderemos á algunas notas que sugieren los casos precedentes.

Es necesario, ante todo, observar que, aunque sean confundidos por los médicos con el título común de amnesias totales, pertenecen en realidad, desde el punto de vista psicológico, á dos tipos morbosos diferentes.

El primer tipo (representado por los casos de Williers, Laycock, Mortimer Grenville, etc., etc.), es el más frecuente. Si no hemos dado más que un pequeño número de ejemplos, es por no fatigar al lector. Lo que le caracteriza psicológicamente es que la amnesia no afecta más que á las formas *menos automáticas y menos organizadas de la memoria*. En los casos que pertenecen á este grupo morbozo, no se ve que desaparezcan ni las costumbres, ni la aptitud para un oficio manual, para coser, bordar, ni la facultad de leer, de escribir, de hablar la lengua propia ó las otras lenguas; en una palabra, la memoria, bajo su for-

(1) Dunn, *The Lancet*, 1845. Noviembre, 16-29 ap. Carpenter, pág. 460 y siguientes.

ma organizada ó semi-organizada, permanece indemne. La destrucción patológica está limitada á las formas más elevadas y más inestables de la memoria, á las que tienen un carácter personal, y que acompañadas de conciencia y localización en el tiempo, constituyen lo que hemos llamado en el capítulo anterior la memoria psíquica, propiamente dicha. Además, se debe también observar que la amnesia afecta á los hechos más recientes; que, partiendo del presente, va hacia el pasado en un período de duración variable (1). Á primera vista este hecho puede sorprender, porque nada parece más vivo y más fuerte que nuestros recuerdos recientes. En realidad este resultado es lógico, estando la permanencia de un recuerdo en razón directa de su grado de organización. No insisto sobre este punto, que será ampliamente examinado en otra parte.

La razón fisiológica de las amnesias de este grupo no puede dar lugar más que á hipótesis, y es probable que varíe según los casos. Prime-

(1) Debo, sin embargo, mencionar un hecho referido por Brown Séquard, según el cual un enfermo, á consecuencia de un ataque de apoplejía había perdido la memoria de cinco años de su vida. Estos cinco años, que comprendían la época de su matrimonio, concluían precisamente seis meses antes de la fecha de su ataque.

ramente (observación de Laycock en particular) la facultad de registrar las experiencias nuevas se suspende temporalmente; á medida que aparecen los estados de conciencia, desaparecen sin dejar huella. Pero á los recuerdos anteriormente registrados durante semanas, meses y años, ¿qué les sucede? Han durado, se han conservado y recordado; parecían una adquisición estable, y, sin embargo, en su lugar no queda más que un vacío. El enfermo no lo llena más que artificialmente ó indirectamente, con ayuda del testimonio de otro y de sus reflexiones personales, que relacionan bien ó mal su presente con lo que le queda del pasado. Las observaciones no dicen que llene jamás este vacío por una reminiscencia directa. Se puede desde luego hacer igualmente dos suposiciones: ó que el registro de los estados anteriores se ha borrado, ó que, persistiendo la conservación de los estados anteriores, se ha aniquilado su aptitud para reavivarse por asociaciones con el presente. No estamos en estado de decidir con pertinencia entre las dos hipótesis.

El segundo tipo morboso, poco frecuente, está representado por los casos de Sharpey y de Winslow (la observación de Dunn, forma una transición hacia el grupo de las amnesias intermitentes). Aquí, el trabajo de destrucción es completo; la memoria bajo todas sus formas—

organizada, semi-organizada, consciente— queda abolida; es la amnesia completa. Hemos visto que los autores que lo han descrito comparan al enfermo con un niño, y á su espíritu con una tabla rasa. Sin embargo, estas expresiones no deben tomarse en el sentido riguroso. Los casos de reeducación que hemos referido muestran que si toda experiencia anterior se aniquila, quedan, sin embargo, en el cerebro algunas aptitudes latentes. La extremada rapidez de la nueva educación, sobre todo en los últimos tiempos, no se explicaría sin esto. Los hechos llevan inevitablemente á creer que esta vuelta, que parece obra del arte, es, sobre todo, obra de la naturaleza. La memoria vuelve, porque á los elementos nerviosos atrofiados suceden, con el tiempo, otros elementos que tienen las mismas propiedades primitivas y adquiridas que aquéllos á que reemplazan. Esto demostraría una vez más la relación que existe entre la memoria y la nutrición.

Por último, como todas las observaciones de amnesia no se dejan reducir á una sola fórmula, en los casos en que la pérdida y la vuelta de la memoria son bruscas, es difícil no ver la analogía de estos fenómenos de suspensión de función, ó de «inhibición», que la fisiología estudia actualmente con tanto interés y de los que tan poco se sabe.

No indicamos estas conclusiones más que de paso. Sería prematuro detenernos ahora en ellas. Continuemos nuestra revista de hechos, estudiando las amnesias periódicas.

II

El estudio de las amnesias de *forma periódica* es mucho más propio para dilucidar la naturaleza del yo y las condiciones de existencia de la persona consciente, que para mostrarnos el mecanismo de la memoria bajo un aspecto nuevo. Constituye un capítulo interesante de un trabajo que no se ha hecho nunca bajo su forma completa y al que se podría titular: «De las enfermedades y de las aberraciones de la personalidad». Es muy difícil no resbalar á cada instante en este asunto. Trataré de no decir de ello más que lo indispensable para la claridad de la exposición.

Seré sobrio de hechos: son ya bastante conocidos. El estudio de los casos llamados «de doble conciencia» está muy de moda. La observación tan detallada é instructiva del Dr. Azam, en particular, ha hecho comprender al público, mejor que cualquier definición, en qué consiste la amnesia periódica. Me limitaré, pues, á pasar

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO